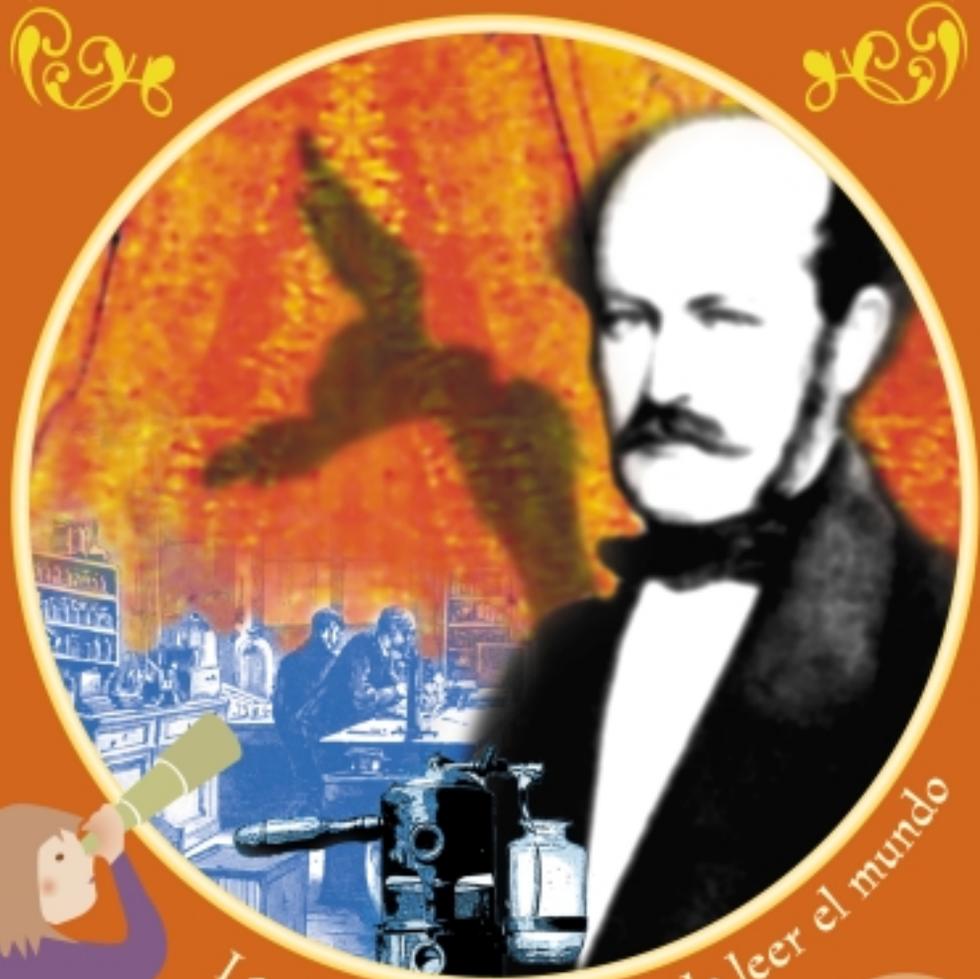


Eduardo Wolovelsky

¡Que viva el coyote!



La ciencia, una forma de leer el mundo

¡Que viva el Coyote!

Eduardo Wolovelsky



TM&© Warner Bros. (s02)

La enorme tela que cubre la entrada al túnel ferroviario está bien tensa. Ni una arruga se puede ver, incluso si uno está parado tan cerca que puede tocarla con la mano. No es para menos. Ese enorme lienzo es parte de una trampa muy bien pensada y el engaño debe ser perfecto. Mostrando una gran habilidad para el dibujo, el Coyote pinta sobre ella un camino con tanta precisión que es imposible darse cuenta de que la verdadera ruta da un giro por la ladera de la montaña, esquivando las vías del tren que hasta ese punto corren paralelas al camino.

Es que el Coyote es muy ingenioso, no deja nada al azar. No sólo ha creado la impresión de que el camino sigue derecho pasando a través de la montaña; ha rediseñado todo el paisaje circundante para que nadie que venga por la ruta pueda darse cuenta del engaño.

Imagina satisfecho cómo el Correcaminos, entusiasmado con su gran velocidad al correr, entra sin darse cuenta en el túnel y ¡zas!, se da contra el tren que viene en sentido contrario. Por fin, piensa, podrá darse un succulento banquete gracias a su ingenio.



TM&© Warner Bros. (s02)

Ya se oye el conocido *beep-beep*, que emite el Correcaminos durante su veloz carrera. Ya se observa su fugaz figura en la recta del camino que lo conduce directamente a la trampa que le tendió el Coyote.



TM&© Warner Bros. (s02)

La tela se rasga y rompe al paso del imparable Correcaminos. El Coyote saborea el éxito mientras espera expectante oír la bocina del tren que traerá a su presa lista para ser comida. Sin embargo, nada ocurre. El gesto del Coyote cambia. Se pregunta qué falló. Se acerca a las vías y entra en el túnel tratando de averiguar qué fue del Correcaminos. Sorpresivamente se oye la bocina de un tren.



TM&© Warner Bros. (s02)

Con cara de asombro, el Coyote ve cómo la locomotora se acerca. Finalmente el tren le pasa por encima dejándolo maltrecho, pero no sin fuerzas para idear nuevas e ingeniosas trampas. Poleas, cañones, yunques, cohetes, papel y lápiz (para trazar los planos y dibujar los ingenios que le permitirán cazar al Correcaminos) serán algunos de los infaltables elementos de los que se valdrá el Coyote. Aunque fracasará constantemente, jamás se dará por vencido.

Nunca renunciará a su creatividad, ni al duro trabajo de pensar nuevas estrategias. ¡Quién sabe! Tal vez el éxito llegue en el momento más inesperado.



TM&© Warner Bros. (s02)

La ciencia, en algunos aspectos, se parece al admirable Coyote. En el intento de explicar los fenómenos del universo se debe apostar por la creatividad y por el trabajo, a veces apasionante, a veces tedioso: en el laboratorio, en la biblioteca, en otro planeta, en el observatorio, o en los más extraños parajes de nuestra Tierra.

En los diarios o en la televisión se habla demasiadas veces de los milagros de la ciencia. Pero ésta es una forma equivocada de ver los logros científicos. Las teorías que nos permiten explicar cómo es el universo, el origen de la vida o los conflictos de las sociedades humanas, los avances médicos y tecnológicos derivados de la investigación científica son el fruto de un duro y difícil trabajo, de fuertes debates, de apoyo a ideas que finalmente no conducen a ninguna parte y del rechazo de otras que luego de mucho tiempo son consideradas válidas. Parecido al duro trabajo del Coyote, a ese ir y venir de pensamientos, pruebas y fracasos con el que intenta dar caza al infatigable Correcaminos. Pero hay una importante diferencia: el dibujante nunca permitirá que el Coyote tenga éxito, mientras que en el trabajo científico aquel se alcanza numerosas veces.



Un laboratorio de investigación biológica de finales del siglo XIX.



En una época en que aún no se sabía que virus y bacterias eran las causas de gravísimas enfermedades humanas, cuando aún no existían guantes de cirugía ni mayores cuidados de higiene, el Dr. Ignaz Semmelweis es nombrado ayudante médico en el viejo y famoso hospital de Viena, el *Allgemeine Krankenhaus*. Su especialidad se relacionaba con la atención de mujeres embarazadas.

Uno de los momentos más emocionantes y difíciles de su trabajo era el del parto. En la sala donde atendía Semmelweis muchas mujeres morían al nacer sus hijos.

No ocurría lo mismo en la otra sala, la número 2. Allí las mujeres no eran atendidas por médicos o estudiantes de medicina sino por comadronas, señoras con una gran experiencia en atender partos, pero sin ningún estudio en particular.

Los médicos y estudiantes de la sala 1, además de atender en los partos, enseñaban y aprendían realizando autopsias y disecciones sobre cadáveres.



En 1847, al volver de sus vacaciones el Dr. Semmelweis se entera de que su amigo Jacob Kolletschka murió, luego de cortarse accidentalmente mientras realizaba una autopsia. Los síntomas de la enfermedad que mató a su querido colega eran muy parecidos a los de las parturientas que morían en el *Allgemeine Krankenhaus*.

La relación no se hizo esperar. El Dr. Semmelweis escribió con prontitud:

“En ese instante me di cuenta de la gran semejanza del padecimiento que había causado la muerte de Kolletschka con el que yo había visto incontables veces en las mujeres que fallecen después del parto.”



Grabado que muestra una operación en los tiempos de Semmelweis.

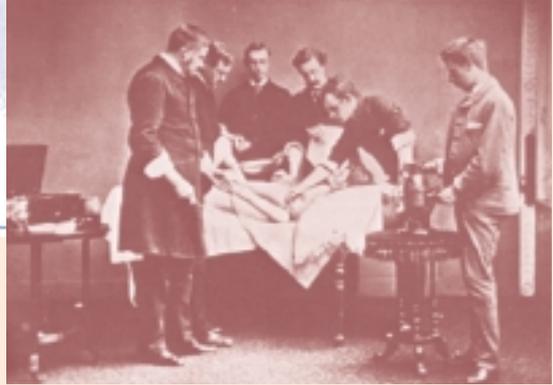
Supuso el joven médico húngaro que “algo” se transmitía de los cadáveres a las mujeres, al ser atendidas por los médicos, en el momento del parto.

A partir de ese instante, obligó a los médicos y estudiantes a lavarse las manos con un desinfectante antes de atender.

Gracias a esta práctica las muertes disminuyeron tanto que las mujeres ya no debieron temer ser atendidas en la sala 1. A pesar de su éxito, el joven Semmelweis no logró convencer a la mayoría de los médicos sobre la importancia de desinfectarse las manos antes de atender a las pacientes.



Pulverizador desarrollado por Joseph Lister con la finalidad de desinfectar los ambientes donde se realizaban operaciones.

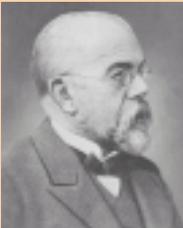


Operación en la que se observa la utilización del pulverizador de Lister.

Peleó toda su vida por esta idea. Fracásó una y otra vez. Escribió decenas de cartas para que se entienda cuántas vidas se podían salvar con sólo lavarse las manos, pero no logró su propósito. Tuvo que abandonar su trabajo en el hospital. Murió solo y sumido en una profunda tristeza.

Poco tiempo después las ideas de Semmelweis fueron finalmente reconocidas. Los trabajos de Louis Pasteur, Robert Koch y Joseph Lister le dieron la razón a aquel médico húngaro perseverante, a pesar de los fracasos.

La ciencia es una actividad fascinante que requiere tenacidad e ingenio, como los del Coyote. Tenacidad e ingenio que les permiten, a aquellos que quieren conocer con verdadera pasión cómo es nuestro mundo, lograr algunas bellas explicaciones y a veces ayudar a mejorar la vida.



Robert Koch (1843-1910) Louis Pasteur (1822-1895) Joseph Lister (1872-1912)



Eduardo Wolovelsky



Biólogo egresado de la Universidad de Buenos Aires. Dirigió diferentes programas relacionados con la enseñanza de las ciencias.

Actualmente coordina en el centro cultural Rector Ricardo Rojas (UBA) el proyecto Nautilus de comunicación y reflexión sobre la ciencia. Es director de la revista Nautilus.

Pablo Bolaños es artista plástico y gráfico. Desde 2001, es el responsable de la concepción visual del proyecto Nautilus, comunicación y reflexión sobre la ciencia, Universidad de Buenos Aires.

Si tenés ganas de saber más sobre esta u otras historias sobre la ciencia, escribí a Proyecto Nautilus: divulgacion@rec.uba.ar o Av. Corrientes 2038 (C1045AAP) Ciudad de Buenos Aires. www.proyectonautilus.com.ar



Títulos que integran esta colección

El argonauta argentino y el secreto de su alfombra

La mirada del lince

¿Vampiros en Valaquiá?

El guiso fantasmagórico

Los nombres del cielo

El primer astrónomo criollo

¡Que viva el Coyote!

Charles Darwin El naturalista del Beagle



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA *y* TECNOLOGÍA

secyt

SECRETARÍA DE
Ciencia, Tecnología e
Innovación productiva

